

MEMORIAS DEL GUADARRAMA

Historia del descubrimiento
de unas montañas

Julio Vías

EDICIONES LA LIBRERÍA

© Julio Vías, 2011
© De esta edición: Ediciones La Librería, 2011
C/ Arenal, 21
28013 MADRID
Telf.: 91 541 71 70
Fax: 91 542 58 89
E-mail: info@edicioneslalibreria.com

Cubierta: Javier Fernández Lizán
Maquetación: Carlos Villalón
Cartografía: Rafael Sanz
Fotografías: Todas las fotografías en color son originales del autor

ISBN: 978-84-9873-100-2
Depósito Legal: S-10-2011
Impreso en España/Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN	15
PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN.....	23
INTRODUCCIÓN	25

PRIMERA PARTE

I. EL GUADARRAMA SECULAR	35
1. LOS CAMINOS MEDIEVALES	35
1.1. La frontera entre dos mundos.....	35
1.2. La peligrosa aventura de cruzar la sierra.....	38
2. HISTORIA OCULTA: LA TOPONIMIA	43
2.1. Los primeros topónimos.....	43
2.2. El <i>Libro de la montería</i>	45
2.3. Un patrimonio en peligro	49
3. LAS GENTES DE LA SIERRA	51
3.1. Pastores y vaqueros	51
3.1.1. La lucha contra los lobos.....	56
3.1.2. El legado de los pastores del Guadarrama	59
3.2. Hacheros y gabarreros.....	61
3.3. Carboneros.....	66
3.4. Neveros.....	69
3.5. Bandidos y malhechores.....	77
II. LOS AÑOS DE ESPLENDOR DEL GUADARRAMA.....	85
1. LOS NATURALISTAS	85
1.1. Naturalistas ilustrados.....	85
1.2. La Comisión del Mapa Geológico. Casiano de Prado y Mariano de la Paz Graells	87
1.3. Cazadores de insectos. La legendaria <i>Graellsia isabellae</i>	91

1.3.1. La herencia de Graells. Los entomólogos del Guadarrama.....	96
1.4. Los geólogos. José Macpherson.....	99
1.4.1. Buscadores de glaciares.....	103
1.5. La ciencia botánica. Recolectores de plantas.....	107
1.5.1. Ingenieros de Montes.....	111
1.6. La Estación de Biología Alpina del Guadarrama.....	117
2. EDUCADORES, ARTISTAS Y ESCRITORES.....	123
2.1. La labor de Giner y Cossío.....	123
2.2. Devotos del paisaje.....	131
2.2.1. Pintores.....	133
2.2.2. Escritores y filósofos.....	136
3. LOS PRIMEROS DEPORTISTAS.....	139
3.1. Alemanes y suizos.....	139
3.2. Constancio Bernaldo de Quirós. Los «alpinistas» de la Sociedad Peñalara.....	140
3.3. El noruego Birger Sörensen. Los <i>skieurs</i> del Club Alpino Español.....	144
3.4. El Batallón Alpino.....	149
4. URBANIZACIÓN Y TURISMO DE MASAS. LOS DEFENSORES DEL GUADARRAMA ...	155
4.1. El ferrocarril del Norte y las grandes fincas de caza.....	155
4.2. La «colonización» y el veraneo.....	158
4.3. Negocios rentables y grandes proyectos.....	164
4.4. Masificación y cuestión social: los «drogueros».....	170
4.5. Un proyecto confuso y mediático: el Parque Nacional del Guadarrama.....	174

SEGUNDA PARTE

1. EL PUERTO DE GUADARRAMA.....	187
1.1. El <i>Balat Humayd</i>	187
1.2. Del puerto del Berrueco al Alto del León.....	189
1.3. Los peligros del invierno.....	192
2. LA MUJER MUERTA Y LA GARGANTA DE EL ESPINAR.....	195
2.1. Un gran valle entre montañas.....	195
2.2. Huellas de la historia.....	196
2.3. Maderas y ganados.....	199
3. EL PUERTO DE LA FUENFRÍA.....	203
3.1. Camino de reyes y villanos.....	203
3.2. Paisajes admirados.....	207
3.3. Las huellas de Roma.....	210

4. EL PUERTO DE NAVACERRADA	213
4.1. El puerto de Manzanares	213
4.2. Las nuevas comunicaciones: la carretera de Villalba La Granja y el telégrafo óptico.....	214
4.3. La puerta de entrada a la sierra	218
5. LA CUERDA LARGA	223
5.1. La alta barrera de la Cuerda Larga.....	223
5.2. Divisoria entre tierras medievales	225
5.3. <i>Las Guadarramiellas</i>	226
5.4. Los secretos de Asómate de Hoyos	228
5.5. Los Bailanderos y la Najarra.....	231
6. LA PEDRIZA DE MANZANARES	235
6.1. Un relieve único.....	235
6.2. Cacerías de osos.....	237
6.3. El descubrimiento de la Pedriza.....	238
7. EL PUERTO DE LA MORCUERA.....	243
7.1. El viejo camino de El Paular	243
7.2. Majadas, pastizales y ventisqueros	246
7.3. Los paisajes de la Morcuera	248
8. PEÑALARA. PINARES Y LAGUNAS.....	251
8.1. <i>La Peña Lara</i>	251
8.2. Los antiguos pinares de Segovia	252
8.3. Hoyos y lagunas glaciares	256
8.4. Geógrafos, geólogos y entomólogos.....	259
9. LOS MONTES CARPETANOS	267
9.1. Restos de glaciares.....	267
9.2. Tierras y señoríos medievales	268
9.3. Antigua toponimia	270
9.4. Rebaños y pinares.....	273
10. LOS PUERTOS DE MALAGOSTO Y DEL REVENTÓN.....	277
10.1. El difícil camino de Segovia	277
10.2. El recuerdo de José Ibáñez Marín	281
11. EL PUERTO DE SOMOSIERRA.....	285
11.1. El antiguo paso de <i>Fozarach</i>	285
11.2. El portazgo. La Venta Juanilla.....	286
11.3. La carga de la Caballería Polaca	290
BIBLIOGRAFÍA.....	295
ÍNDICE ALFABÉTICO	307

A la memoria de Julio Vías Macías,
mi padre, de quien heredé su amor por
el Guadarrama

Procuré comprender también lo que había sido la montaña en la poesía y en la historia de las naciones, el papel que había representado en los movimientos de los pueblos y en los progresos de la humanidad entera. Lo que aprendí lo debo a la colaboración del pastor y también, para decirlo todo, a la del insecto que se arrastra, a la de la mariposa y a la del pájaro cantor...

Élisée Reclus
Histoire d'une montagne (1873)

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

El Guadarrama solemne, que es soporte de historia y que enamora a tantos por belleza y majestad, ha encontrado ya al cronista que desde tiempo atrás precisaba. Antes de quedarme atrapado por estas sorprendentes *Memorias* con que nos ilustra Julio Vías, se me escapó lamentar, con gran desconocimiento, el no verlas referidas a esta nuestra «sierra» querida y sí a su ancestral «Guadarrama». Tras leer la introducción comprendí que aquello no estaba encaminado a divulgar bucolismos sino a consagrar documentalmente los valores de un patrimonio cultural enraizado en un excepcional territorio que, por su propia hermosura, ya dispone de sobradas guías y publicaciones divulgativas.

Estas *Memorias del Guadarrama* son algo distinto, pues alzan la familiar vestimenta del disfrute de la sierra para destapar su pura historicidad escrita en la roca dura y rubricada por el potente Guadarrama. No hay duda en la orografía de esta ciclópea autoría frente a la homónima segregación fluvial de sus escorrentías, que llegan a hacer dos ríos que tuvieron igual nombre en la lejana antigüedad, uno que lo conserva hasta cien kilómetros abajo, y otro de más brevedad que lo cambió por el de su lugar de nacimiento: Manzanares. Misterio y curiosidad de la tradición que Julio Vías explica y asume en el fiel contraste de su sabia historiografía, con la rigurosidad propia del que sabe bien la categoría y trascendencia de lo que escribe.

Pronto nos señala cómo el Guadarrama serio y duro asume, con Gredos, Somosierra y Ayllón, esa paternidad en su misión de cadena defensiva musulmana que en latín arabizado se llamaba *al-Sarrat* o «la Sierra». Esta sorpresa lejana de que nuestra sierra se vistiera de guerrera en la España musulmana lleva a pensar que la árabe visión tenía más de cómodo panorama que de paredaño bastión, sin duda como consecuencia de la amplísima intermitencia ofrecida por la reconquista cristiana.

Es claro que la documentación histórica sobre los islámicos invasores carece

de otros antecedentes más primitivos que sirvieran para poder contemplar seriamente al Guadarrama desde más lejos de lo que lo hace Julio Vías; solo huellas arqueológicas, como las calzadas romanas, nos dicen que en los tiempos protohistóricos fue el Guadarrama un casi desconocido obstáculo natural escasa y difícilmente franqueable.

En la azulada silueta velazqueña de mil años después de ser marca fronteriza está representada la sierra, poseída por la cristiandad madrileña como ornato residual de su monárquica grandeza. Visión de igual apariencia, pero de signo distinto, a la de aquel cronista musulmán del que nos habla Julio que pudiera haber acuñado su nombre desde un torreón del alcázar de *Magerit*. La sierra de Guadarrama: en latín de visigodos o en árabe de Tariq, la que enamoró de lejos a tantos igual que a mí; la que salvando después historias y lejanías se nos ofreció amorosa y además engrandecida. Era la *sierra* nuestra, querida, pero también el altivo *Guadarrama* al que cuesta llamarle «nuestro».

¿Eres tu, Guadarrama, viejo amigo, la sierra gris y blanca,
la sierra de mis tardes madrileñas que yo veía en el azul pintada?

se preguntaba Antonio Machado, dudando de su andrógina respuesta. Y es el caso que, adentrándose en la entraña de este libro, se vive esa doble sensación de querer al Guadarrama cuando se le ve de joven, y de respeto adorable cuando se ve que ya es viejo. Acierta el autor al lograr que así trascienda su entusiasmada intención de historiar como añoranza, buscando hasta la emoción a una sierra singular de misterioso atractivo, humanizada desde un lejano «siempre» con ocultas y vivientes toponimias, notables aconteceres, unos árabes y otros cristianos, incursiones guerreras, travesías arriesgadas y collados utilizados por monarcas que allí dejaron sus huellas.

Muchas veces son detalles que sorprenden al profano, como los caballeros de los Quiñones que protegían de bandidos el valle de Rascafría, o los doctos monteros del rey Alfonso XI, que allá por el siglo XIV escribieron por su mandato lo que debió de ser la primera guía de la sierra, el *Libro de la montería*, viejo precursor de los que modernamente elaboraron nuestros científicos al hacer del Guadarrama el objeto de sus saberes. A ellos alcanza el cronista concatenando los suyos, ampliamente recogidos, desde románticos hasta lúdicos y deportivos. Incluso algunos, amables, que me alcanzan a mí mismo, aunque ya, bien tristemente, pasan hoy por ser antiguos.

De vez en cuando el lector que se sumerge en el libro suele pararse a pensar sobre la temporalidad de lo que en el Guadarrama va sucediendo, al sentirlo aplastado por el tiempo como si estuviera dentro de un raro presente histórico. Hay antiguos avatares que tuvieron realidad sobre determinados parajes que nos son bien

conocidos y que nos parece como si los hubiéramos vivido verdaderamente. Es porque, en cada momento, el Guadarrama muestra su protagonismo y rememora esa historia suya que tiene jalonada con sus imperecederas toponimias. Se cuenta cómo Tariq, después de tomar Toledo, pudo atravesar la barrera montañosa por el paso de Gibraltar, al lado de la Peñota. No tengo que imaginar al caudillo musulmán al frente de su caballería, pero sé que debió de ser así al revivir el lugar; cuando en mi lejana infancia mi padre me llevó hasta la Fuenfría por la calzada romana, y cuando un poco después, al lado de la Peñota, montábamos un campamento de verano (algo insólito entonces) los *boy scouts* de Madrid.

Con ejemplos como el que aquí he referido yo diría que este libro es consuelo de ignorancias al ser tantas las cuestiones que hábilmente convierte el autor en intrahistorias que suscitan al ignaro lector sus vivencias personales. Y esto diríase que responde a que el Guadarrama, convertido en patrimonio del disfrute madrileño, tiene todos sus parajes asignados a algún corazón añorante. Quién será el que no se conmueva con las más recientes historias de los naturalistas descubridores de una mariposa autóctona, o de los geólogos buscadores de los apartados glaciares; sobre todo cuando las protagonizan sabios de conocido renombre, cuyos hijos y sucesores hemos conocido personalmente y, en ocasiones, acompañado en nuevas excursiones evocadoras de aquellas capitaneadas por los que fueron célebres educadores del tan ya lejano novecentismo.

Reconozco haberme detenido algo más en esa parte de las *Memorias del Guadarrama* que es historia para el cronista y recuerdo para un lector como yo. Obvio sería insistir en el fenómeno por pura cronología, cuando lo que resulta emocionante es la historia corroborada por quien pudo ser su actor. El joven Julio Vías nos habla de la Junta para Ampliación de Estudios y de sus creaciones ulteriores como el Instituto-Escuela, del que yo mismo fui alumno, y de la Estación de Biología del Ventorrillo, en la subida a Navacerrada. En pleno y nevado invierno de 1930, el que era entonces director del Museo de Ciencias Naturales, don Antonio de Zulueta, nos autorizó, junto a sus dos hijos, a una patrulla de juveniles deportistas a ocupar la estación del Ventorrillo. Fuimos andando desde Cercedilla y allí pernoctamos durante las vacaciones de Carnaval remontando diariamente, con los esquís al hombro, los cuatro kilómetros hasta el puerto.

No deja Julio Vías ningún cabo suelto y me da pie para añadir, a este pasaje mío del Ventorrillo, otro referido a su mención al Ferrocarril Eléctrico del Guadarrama, cuando entonces llevaba poco tiempo funcionando y partía de Cercedilla para incrustarse al pie del puerto de Navacerrada. Por si fuera poco, ha añadido que fui yo el que, veinticinco años después, proyectó su prolongación hasta el puerto de Cotos. Lo que no dice, y yo agrego para que su cariñosa alusión no

me envanezca del todo, es la desilusión que sufrí al ver reducida la realización del proyecto a la simple actualización de la vieja idea del promotor del Eléctrico de Camorritos, que había sido el mismo don José de Aguinaga, que ahora era director general de Ferrocarriles. Mi proyecto, aprobado y premiado por su propia autoridad ministerial, se bifurcaba en Cotos hasta dos estaciones de partida de sendos teleféricos, uno a la cumbre de Peñalara y otro a las Cabezas de Hierro, las cimas más altas del Guadarrama. Mi afán por el pleno dominio turístico de la sierra quedó suspendido por el más rentable y prometedor de acondicionar las circundantes pendientes del naciente valle de Lozoya para hacer una estación deportiva de invierno. Los teleféricos se iban a sustituir por telesillas y remontes: los ágiles esquiadores habían vencido a los veraniegos montañeros y a los orondos contemplativos y convencido al director general. Así quedó acordado, al pie mismo de Peñalara, en una reunión de Aguinaga con Lily Álvarez, campeona de tenis y esquiadora; el joven José Arias, campeón de esquí y miembro de la célebre familia montañera de Cercedilla y yo mismo que, con harto sentimiento, quedé para contarle tras haber constatado, subiendo a las Guarramillas, lo que iba a tener lugar en la sierra durante los siguientes cincuenta años.

Esto también entrañaba un silenciado renunciamiento para el idealismo ferroviario de José de Aguinaga: la posible y futura unión del tren que iba a llegar a Cotos con el menos futuro directo Madrid-Burgos que atravesaría, ya en el valle abierto, por las cercanías del pueblo de Lozoya. Al final, tranquilo se quedó el valle para clamar el silencio de los primeros cartujos que allí se establecieron a fines del siglo XIV y el monasterio de Santa María de El Paular sigue hoy irradiando su paz a muchos ansiosos de ella. Por eso se hizo hospedería cuando, tras la desamortización, se expulsó a los monjes y casi se condenó a la ruina al secular monumento. Fue protegido por la Academia de Bellas Artes y junto a los frondosos pinares del entorno fue lugar residencial para un grupo de maestros y alumnos pintores de El Paular. No se olvida Julio de ellos y avanza con su historia hasta *pisarme* la mía. Conocí a Enrique Simonet y a su familia, especialmente a su hijo menor, Bernardo, también artista notable que hizo conmigo el bachillerato en el Instituto-Escuela. Su estancia en El Paular los había convertido en asiduos veraneantes y, como tales, amigos de los Blanco Loizelier vinculados a la Sociedad Belga de Maderas, explotadora de aquellos pinares. De ella también nos habla Julio Vías al referir cuando dejaron de pertenecer a los frailes tras la desamortización, allá por 1838.

Nieto de la abuela belga, y a la vez que Simonet, compartió Enrique Blanco con nosotros las clases del instituto y las herencias afectivas hacia el ruinoso Paular de los ya lejanos profesores Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío. Ha poco que enviudó Enrique de una encantadora criatura, Rosita Caleyá, que

yace junto a su hija, bajo un descuidado rosal de otoño, dentro del claustro del monasterio. La cuidan hoy los benedictinos; era prima mía, montañera y esquiadora.

Tendría que transformar en excusas, al lector y a Julio Vías, las consideraciones sobre la incontenible tendencia del comentador provector a excederse en lo suyo cuando ha de hablar de lo ajeno. Podría ampararme en la excusa, que es verdadera por cierto, de que el tema de este libro es manantial, no solo de recuerdos, sino de reflexiones. El Guadarrama sugerente asume mayor seriedad cuando el autor lo presenta como «montes Carpetanos», en ocasiones tan señaladas como la requerida por la más alta y más seria de las cimas: Peñalara. No así, en cambio, cuando cuenta cómo Fernando VII pudo estimar las vecinas cumbres como simples obstáculos superables para establecer una línea de telégrafo óptico entre Madrid y los reales sitios de Valsaín, La Granja y Riofrío, frente a la peligrosa realidad de la carretera de Navacerrada. El curioso invento del telégrafo óptico instalado en 1832, y su escasa utilidad durante seis años, sirvió para transmitir desde San Ildefonso, hasta la estación terminal de la Torre de los Lujanes, el parte médico del monarca cuando la célebre crisis de La Granja en la que se resolvió el pleito dinástico a favor de la futura Isabel II. Esta curiosa noticia que leemos en estas páginas, es una de las que, como decía, nos detiene para pensar en algo colateral: en lo poco que el tema del telégrafo óptico ha sido tratado históricamente, partiendo de lo que hubo de ser el desaparecido encadenamiento de los múltiples *cerros del telégrafo* que llegó a haber en España, y no menos en recomponer las diferentes técnicas transmisoras que, con «un ingenioso código de señales» en cada sistema, hacían visibles los mensajes.

Las frecuentes reflexiones que suscitan tantas curiosidades como contienen estas *Memorias del Guadarrama*, hacen que domine torpemente el anecdotario sobre la debida ponderación de los valores historiográficos y literarios del cronista como autor; pero dando por ciertos estos, plenamente reconocidos, aquel surge dominante impidiéndome callar un incidente acaecido con la nieve de los ventisqueros serranos, comercializada para las botillerías del viejo Madrid, y que ahora me he explicado: hacia 1885, un afamado pintor, abuelo mío, obsequió a sus cuatro hijos pequeños con tomar leche merengada en la célebre botillería de Pombo, en la calle de Carretas. La niña más pequeña, cuando mediaba su blanco copete, se halló, horrorizada, con un negro coleóptero congelado. Aquella niñita, andando el tiempo, mi madre, no olvidó nunca el suceso. Y ahora caigo yo, en que el hielo merengado provendría, sin duda alguna, de un nevero almacenado que muy bien pudiera ser el del ventisquero de la Condesa, como nos explica Julio al hablar de los neveros.

Creo haber dejado traslucir una cierta y casi amorosa predilección por estas *Memorias del Guadarrama* cuando ceden antigüedad a favor de lo cercano y, sobre-

pasando el interés histórico con su apertura a la mente curiosa, la abren luego a la sensibilidad nostálgica de lo inmediato. El mío es lo suficientemente lejano como para sentir casi propia la loable referencia que aquel hace al lector sobre los modernos descubridores del carpetano Guadarrama, y que deja prendida en las eminentes figuras inmediatas de nuestra intelectualidad decimonónica y novecentista. Obligado es señalar las merecidas menciones que Julio Vías dedica a los epígonos de la Institución Libre de Enseñanza y de la Junta para Ampliación de Estudios, con el Instituto-Escuela y la Residencia de Estudiantes. Señala Julio con especial interés al polifacético Constancio Bernaldo de Quirós y al militar José Ibáñez Marín quienes, aparte de sus actividades didácticas y científicas, promovieron agrupaciones de carácter excursionista y deportivo que pronto asumieron el nuevo atractivo del deslizamiento sobre la nieve. Parece mentira que solo hayan pasado cien años desde que un nórdico forastero, Birger Sörensen, mostrara asiduamente su destreza de esquiador en la Loma del Noruego, y que haya sido esa la razón para que ese lugar próximo a los Cotos haya incorporado a la historia tan reciente toponimia y que Julio Vías nos lo descubra.

Hay más descubrimientos, como se ha visto, en estas *Memorias del Guadarrama*, pero hay uno más profundo y trascendente que no quisiera omitir en el final de este prólogo: el Guadarrama, planteado como una mítica deidad ancestral y hostil, sufre una lenta humanización recelosa hasta que en los albores del siglo xx, con su consagración cultural, inicia su definitiva transformación en *Guadarrama acogedor y amable*. El fenómeno, que creo que es de los más singulares entre otros procesos similares acaecidos con otras montañas del mundo, fue debido al influjo del llamado «espíritu de la Institución», impulsado por Francisco Giner de los Ríos y su inseparable Manuel Bartolomé Cossío, pero propiciado por la excepcional circunstancia que ofrecía entonces el Guadarrama como escenario idóneo para el estudio científico. Si, como se ha dicho, ello podría responder a principios krausistas de una nueva filosofía adoptada por la pedagogía española, me atrevo a añadir, desde mi lejana condición de educando en aquel espíritu, que este no hubiera podido propagarse si no hubiera existido el Guadarrama, y que por mi participación en su disfrute científico, cultural y artístico, tengo que dar muchas gracias a Dios.

Para no olvidarme de agradecer a Julio Vías, no solo el haber culminado estas *Memorias* con el meritorio esfuerzo de investigación y de cuidadosa elaboración que demuestran, sino el haberlo hecho también con ese ameno y excelente estilo literario que enseguida comprobará el lector, quiero subrayar mi añadida gratitud por sus generosas menciones personales, y por las que tácita y lejanamente me siento aludido al encontrarme entre los admiradores de tantas personalidades de las ciencias y las letras como cita, y a algunos de los cuales tuve el placer de conocer

y tratar. Mi gratitud de anónimo disfrutador de la sierra, que le ofrezco en este momento del punto final, ante un viejo carné de amarillenta cartulina con mi retrato de niño y mi nombre al pie, y la filiación de socio número 4898, ingresado el 1 de enero de 1929 en la Sociedad Española de Alpinismo Peñalara.

Ángel del Campo Francés
de la *Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

UN AMOR PARA TODA LA VIDA

No fue un amor a primera vista. No me llamó la atención este libro cuando lo vi. Y eso que me habían hablado muy bien de él los veteranos del Guadarrama. Lo tuve en mis manos por primera vez en La Granja de San Ildefonso, en una librería que da a una ancha calle desde la que se ve, al fondo y por encima de una iglesia, la montaña de Peñalara. Pero sus formas no me inducían a entrar en él. Fotos en blanco y negro de señores antiguos. Historia. Palabras. Lo dejé sobre la mesa de novedades después de hojearlo. No es mi libro, pensé.

Yo quería algo más salvaje. Águilas imperiales. Buitres negros. El hirsuto jabalí. El oloroso piorno. El roquedo. Las cumbres blancas. Naturaleza virgen...

Me equivocaba, claro, porque de otro modo no estaría escribiendo estas cuartillas. Y eso que mantengo la teoría de que, al final, las cosas siempre son lo que parecen. En este caso también se cumple esta creencia, pero el que ha cambiado he sido yo, gracias, sobre todo, a este libro que tienes en las manos. Espero que te haga tan feliz como me ha hecho a mí. Ahora es un compañero. Se lee bien por las noches, viaja bien en la mochila.

Algo conocía la sierra de acampadas montañeras y de trabajos universitarios. También conocía a sus gentes, porque pasaba los veranos entre ellas, en la vertiente segoviana. Alcancé, privilegios de la edad, a ver pastores de ovejas y vaqueros a caballo, yuntas de bueyes arrastrando troncos por el pinar y gabarreros bajando del monte con sus cargas de leña muerta. Sabía de la historia de los reales sitios, y de las generaciones de científicos y humanistas anteriores a la guerra que habían «descubierto» la sierra y la habían situado en el centro de sus proyectos de progreso para el país. No eran unos románticos o unos estetas en busca de pequeñas emociones. Pensaban, sabiamente, que la sierra de Guadarrama podía desempeñar un papel esencial en el progreso cultural y material de la nación. Aspiraban a cambiar

España desde la sierra de Guadarrama, nada menos. Por eso era esencial —una cuestión de vida o muerte— explorarla científicamente y conservarla. Debía de ser maravillosa aquella sierra que recorrieron.

Esta tercera edición de *Memorias del Guadarrama* incorpora el extenso relato de sus esfuerzos para convertirla en un gran parque nacional. No lo consiguieron, pero tampoco fracasaron del todo porque el sueño no murió con ellos, ni lo mató la guerra. Otros, como Julio Vías, mantienen la llama de la esperanza encendida y quizá algún día —más vale que pronto— sea historia fecunda.

Ahora sé que lo que me sucedía antes de leer este libro era que las gentes de la montaña y los antiguos regeneracionistas de Madrid se encontraban en mi cerebro en dos compartimentos separados entre sí, y además muy alejados de la circunvolución donde soñaba por las noches —antes de una marcha— con el viento, con la nieve y con el cielo. Lo que han cambiado en mí estas *Memorias* es que ahora solo tengo un lugar para la sierra en mi cabeza, y allí se cruzan los corazos, los señores sabios en blanco y negro (nunca he conseguido imaginármelos en color) y los curtidos serranos de las dos vertientes.

Hacía falta un libro como el de Julio Vías, pero dudo que otro lo hubiera podido escribir. Julio lo ha leído todo y lo ha entendido bien. Tiene el autor, cuando se le conoce, el resignado talante del que lucha por conservar una montaña dándola a conocer en todas sus dimensiones naturales y culturales. Así, gracias a él, sabemos lo que se pierde cuando el Guadarrama sufre una mutilación. El problema es que, por esto mismo, todavía nos duele más la pérdida (la ignorancia tiene la única ventaja de que no se sufre, pero al precio de perdernos lo que es bello en la vida).

Esto no es un prólogo. No podría serlo. Otros han hecho mucho más, otros merecen mucho más introducir las *Memorias del Guadarrama*. Me basta con decir una palabra: gracias. Si estuviera alguna vez justificado tener envidia de un libro, sería de este. Pero no ha lugar para ello porque en este libro estamos todos los amantes y defensores de la sierra. Este libro somos todos. Ahora, lector, tú también.

Juan Luis Arsuaga

INTRODUCCIÓN

La sierra de Guadarrama, a pesar de no poder competir en altura y magnificencia con otras montañas ibéricas, constituye quizá el conjunto de cumbres más cargadas de trascendencia y significados entre las muchas que accidentan la geografía española. Verdadero hito geográfico que cierra en tonos azulados los dilatados horizontes de las dos Castillas, se puede decir que esta pequeña cadena montañosa situada en el centro geográfico peninsular representa también un importante hito cultural en el que podemos reconocer, como en una nítida radiografía, los más ocultos recovecos de la génesis histórica de nuestro país. No en vano, la literatura, la historia, las ciencias, las artes y el pensamiento han encontrado en su entorno físico, en sus paisajes y en su biodiversidad un adecuado caldo de cultivo sin el cual la evolución histórica y cultural de España no hubiera sido la misma. A través de sus puertos cruzaron todos los ejércitos que invadieron la península a lo largo de la historia. Sus cumbres, valles y laderas fueron el aula y el laboratorio en los que nació y se desarrolló el cultivo de las ciencias naturales en nuestro país y en donde comenzó a formarse el embrión de nuestra moderna conciencia ambiental. Sus paisajes inspiraron algunas de las más célebres plumas de la literatura universal, hicieron surgir nuevas corrientes artísticas y pedagógicas e incluso llegaron a ser elegidos como símbolo político y espiritual de algunas ideas del regeneracionismo durante los años de la Restauración, que significaron un poderoso revulsivo en el proceso de modernización de España.

Las montañas del Guadarrama se mantuvieron apartadas durante siglos en un mundo aldeano y pastoril vinculado a las antiguas tierras medievales de Segovia, hasta que se consumó su largo proceso de dependencia de la ciudad de Madrid, iniciado por la afición de los reyes a refugiarse en ellas huyendo de los ardientes veranos de la meseta. Y es por esta especial relación por lo que la hoy gran urbe madrileña debe tanto a la vecina sierra, una deuda que se concreta no solo en su

fundación como primitiva fortaleza que guardaba el paso de los puertos durante los tiempos del emirato de Córdoba, sino también en su misma condición de corte y capital del reino, decidida por Felipe II, entre otros motivos, por la salubridad de su clima y la abundancia y pureza de sus aguas, dones ambos recibidos de las cercanas cumbres. Madrid, a cambio, acabó por dar al Guadarrama ese carácter y renombre universal que hoy vemos reflejado tanto en los relatos y descripciones de los innumerables viajeros extranjeros de todas las épocas que atravesaban sus alturas camino de la corte española, como en la gran aventura cultural que supuso su descubrimiento científico, intelectual y deportivo a lo largo de los siglos XVIII, XIX y principios del XX.

Pero al final, aquella relación armoniosa y equitativa de mutuo intercambio entre la ciudad y la sierra acabó por alterarse por completo y hoy día la gran urbe arrolladora toma mucho más de lo que da, incapaz todavía de valorar en su justa medida el gran patrimonio que está dilapidando poco a poco frente a sus insaciables demandas de crecimiento urbano, ocio y nuevas infraestructuras.

Estas *Memorias del Guadarrama* nacieron hace ya más de una década de las impresiones evocadas a su autor durante muchos años por unos paisajes en los que las huellas de su historia grande o pequeña no han sido aún borradas del todo por el olvido o por la tan a menudo irresponsable acción del hombre. En sus páginas se pretende destacar el cúmulo de valores que guarda todavía este relevante espacio tan peligrosamente cercano a la mayor aglomeración urbana del país, y saldar así parte de la deuda que los habitantes de Madrid y Segovia tenemos contraída con el Guadarrama recordando el importantísimo papel desempeñado por las cercanas montañas en la formación de nuestra identidad histórica y cultural. Unos valores —hoy diríamos «intangibles»— tales como el valioso y todavía poco conocido legado de su antigua toponimia, su pasado carácter fronterizo que tanto influyó en los caminos y comunicaciones de la Castilla medieval, y la memoria histórica de las gentes de la sierra, cuyos desaparecidos oficios y modo de vida dependieron de estos montes durante generaciones.

Hoy día, cuando el término «ecología» ha desbordado impetuosamente su ámbito científico para referirse a un movimiento político de alcance mundial y a un auténtico modo de vida, también hay que recordar a aquellos precursores del conservacionismo español que hace ya más de dos siglos iniciaban los estudios de las ciencias naturales reconociendo por vez primera aquellas cumbres y bosques tan próximos y a la vez tan desconocidos. Igualmente se intenta evocar la labor de los pedagogos, artistas, escritores y algunos de los primeros deportistas, cuya sensibilidad ante aquellos paisajes nuevos y sorprendentes que iban descubriendo les era facilitada por su gran cultura y por una capacidad de recogimiento ante la

naturaleza que hoy hemos perdido, y que no podemos menos que comparar con la casi general actitud de esparcimiento de los miles de aficionados a la montaña a los que la «hazaña» deportiva o la «aventura» preparada impiden muchas veces disfrutar del sosegado placer de la contemplación y de la estimulante sensación de las limitaciones del propio esfuerzo. Por último, la segunda parte del libro está dedicada a resaltar la trascendencia particular de cada uno de los más significativos parajes de la sierra.

En los últimos tiempos la sierra de Guadarrama ha venido cobrando un creciente protagonismo en los medios de comunicación a causa del polémico e interminable proceso de declaración de una parte de su territorio como parque nacional, un viejo proyecto hoy recuperado que cuenta ya con casi un siglo de edad a sus espaldas. Cuando en abril de 2001 el Gobierno de la Comunidad de Madrid, presidido entonces por Alberto Ruiz Gallardón, hizo pública la voluntad política de declarar este espacio protegido, justamente entraba en la imprenta la primera edición de este libro, por lo que apenas dio tiempo a incluir en la contraportada un breve comentario sobre esta posible declaración. En esta tercera edición, además de nuevos datos que amplían el contenido de diversos capítulos, se le añade uno nuevo dedicado a las incipientes agresiones sufridas por el Guadarrama a comienzos del siglo xx y a los consecuentes primeros intentos de protección, como la campaña emprendida a partir de 1923 por el diario madrileño *El Sol* para declarar un parque nacional en su territorio. Creo que con todo ello estas *Memorias del Guadarrama* ganan en perspectiva histórica y quedan mucho más completas.

Se suele decir que los libros, una vez han sido publicados, adquieren vida propia e independiente de la voluntad y los designios de sus autores. En el caso de este así ha sido precisamente, lo cual es motivo de gran satisfacción para quien esto escribe ya que en sus casi diez años de andadura y a lo largo de dos ediciones parece que ha llegado al limitado pero escogido sector de lectores al que iba dirigido, adaptándose incluso su contenido para una serie documental televisiva sobre la sierra de Guadarrama rodada hace ya tres años y perdida en algún cajón de la cadena pública madrileña. Sin embargo, en lo que toca a las amenazadas montañas que protagonizan la historia narrada en sus capítulos no hay tantos motivos para sentirse optimista, ya que una década es un intervalo de espera demasiado largo en comparación con los plazos que habitualmente se manejan en los procesos de declaración de otros parques nacionales. En este caso llueve, además, sobre mojado si consideramos los más de ochenta años de olvido que acumulaba el proyecto en los polvorientos trasteros de nuestra burocracia. Poderosos intereses económicos en juego vinculados al urbanismo y al negocio de la construcción, en combinación con una evidente desidia por parte de las administraciones regionales responsables,